

11  
14

11  
14

JAIME TORO CALDER, M. A.

*Catedrático Auxiliar de Ciencias Sociales,  
Universidad de Puerto Rico*

## POSIBLES EFECTOS DE UNA INDUSTRIALIZACIÓN RÁPIDA EN LA ESTRUCTURA SOCIAL DE PUERTO RICO

Ponencia presentada ante la Octava  
Convención de Orientación Social de  
Puerto Rico, enero de 1954.

SEÑORAS y señores:

De los efectos de una industrialización rápida sobre la economía de Puerto Rico han dado buena cuenta nuestros compañeros economistas en las ponencias de esta mañana. Una conclusión nos interesa recoger de los puntos de vista presentados: La lucha por conseguir un nuevo nivel de vida para la sociedad puertorriqueña significa que se abre un nuevo mundo de oportunidades. En términos económicos, oportunidades de participación en nuevas cosas; y en términos sociales, de participación en nuevas relaciones al producirse nuevas estructuras sociales. De los cambios que posiblemente ocurran en la estructura de la sociedad como resultado de la industrialización rápida nos ocuparemos esta tarde.

A manera de introducción me propongo aclarar un número de conceptos de manera que podamos hablar inteligiblemente de los efectos de una industrialización rápida en la estructura social de Puerto Rico.

Cuando hablamos de estructura social, nos estamos refiriendo "a la configuración de la organización interna de la sociedad".<sup>1</sup> La agrupación que describe esa organización se denomina clase social, concepto que ha sido muy erróneamente usado al aplicarse a la sociedad puertorriqueña. Una definición del concepto *clase social*, basada en dinero y su concomitante poder, que es la más corriente en uso, resulta impropia para el análisis de la estructura social de Puerto Rico. Históricamente se puede probar que la definición de clase social basada en el dinero se aplica a sociedades urbanas industriales y el uso del concepto en ese sentido resulta adelantarse a la historia de Puerto Rico. El Puerto Rico del mañana tiende a ser una sociedad urbana industrial; en cambio, lo que caracteriza a la sociedad puertorriqueña, cualesquiera sean los criterios que se usen, bien sea la residencia, la ocupación, las actitudes ante la vida, la educación, la economía, etc., es económica y socialmente rural.<sup>2</sup>

La redefinición del concepto *clase social*, tal como lo demanda la situación económica y social de Puerto Rico, conlleva un mínimo de dinero, factor al cual no queremos restar importancia, pero sí queremos sumar a un conjunto de hábitos mentales y de quehacer humano que agrupan las clases. Me atrevería a arriesgarme y hacer la conjetura de que el mínimo de dinero podría resultar bajo, pero que, si el conjunto de hábitos mentales y comportamiento humano responden a los niveles exigidos por la sociedad, personas que posean tales maneras de pensar y tal comportamiento social son más aceptadas por los grupos que el mero hecho de la posesión del dinero. El significado real de estos conceptos los veremos ilustrados en las pre-

<sup>1</sup> H. Pratt Fairchild (ed.), *Diccionario de Sociología*, 1949, p. 114.

<sup>2</sup> Véase Roberts and Stéfani, *Patterns of Living in Puerto Rican Families*, 1949, para los aspectos materiales de la cultura; Perloff, H. S., *Puerto Rico's Economic Future*, 1949; Rogler, Charles, *Comerio: A Puerto Rican Town*, 1936; Wolf, K., "Growing Up and Its Price in Three Puerto Rican Sub-cultures", en *Psychiatry*, Nov. 1952, entre otros.

sentaciones de la descripción de las clases sociales en Puerto Rico hasta el presente, y en los cambios que se pueden esperar como resultado de la industrialización rápida.

Toda pretensión de hablar sobre la sociedad puertorriqueña impone el deber de una advertencia. No contamos en Puerto Rico con un extenso conjunto de estudios sobre la sociedad puertorriqueña y la gran mayoría de las conjeturas se basan en la búsqueda de información que esporádicamente encontramos en publicaciones norteamericanas, en opiniones especulativas de publicaciones en Puerto Rico, y la experiencia del ponente. Como se puede ver, resulta inválida la reclamación de que se tiene un cuadro verdadero y completo de la realidad. Sólo pretendemos hacer conjeturas con la esperanza de que una vez examinada esa especulación pueda resultar aproximadamente apropiada para describir el fenómeno objeto de nuestra observación.

Para fines de análisis consideremos la descripción de las clases sociales en Puerto Rico a dos niveles; el primero, cuantitativo; el segundo, cualitativo. Lógicamente, el primer criterio a examinar en el análisis cuantitativo de las clases sociales en Puerto Rico, en relación a la estructura, es la proporción de la población que abarca cada una de las clases sociales. La situación nos obliga a usar el criterio dinero, esto es, ingreso de las familias, para determinar la proporción de cada una de ellas.

En su informe para el año 1953 al Honorable Gobernador de Puerto Rico, la Junta de Planes de la Isla se ocupa de darnos la información, probablemente la más confiable a mano, sobre el tema del ingreso de la familia puertorriqueña. Se calcula que para conseguir la meta de un ingreso promedio de \$2,000 por familia y asumiendo el valor de los servicios del Gobierno en \$740, se necesitaría un ingreso por familia de \$1,260 en dinero y géneros producidos por la familia. En el año 1950, de 423,000 familias en Puerto Rico se calcula que 214,000, esto es, aproximadamente un 50%, tenían un ingreso de menos de \$1,260, y que las restantes 209,000 familias habían conse-

guido o sobrepasado este nivel. Para 1952-53, la revisión del cálculo de estas cifras indica que alrededor de 157,000 familias (37%) tienen un ingreso en dinero y géneros de menos de \$1,000 y 63% sobre \$1,000. El aumento en familias que sobrepasan en ingreso de \$1,000 podemos explicarlo si tenemos en cuenta los cambios en la economía puertorriqueña y los movimientos poblacionales como resultado del esfuerzo industrial.

Es precisamente en estos grupos con menos de \$1,000 de ingreso que encontramos la clase baja alta, baja media, y baja baja en Puerto Rico; y para los cuales tiene mayor significación el programa de desarrollo económico, pues será el que resultará afectado en mayor cuantía.

Del restante 63% con un ingreso de más de \$1,000 alrededor de la mitad, 123,000 familias, equivalente al 29% del total de familias, no sobrepasan un ingreso de \$2,000, y sólo un 6% del total de familias sobrepasa un ingreso de \$5,000. Es en este grupo que encontramos las familias con medios económicos que les permitan una participación social al estilo de la clase media.

Les parecerá raro que no mencione una clase alta. Si usamos el criterio económico exclusivamente, y nos hacemos la pregunta de qué proporción de la población tiene un ingreso de sobre \$10,000, la respuesta es que se trata de una proporción tan pequeña que posiblemente llegue a no más de un 2% del total de las familias en Puerto Rico, lo que lo hace numéricamente sin importancia.

No quiero abandonar el tema de las clases sociales y su proporción en relación al total de familias, sin indicar que el cuadro descrito anteriormente, en la realidad queda alterado por otras consideraciones, específicamente por factores inconmensurables, pero decisivos, en la aceptación social, como lo son la manera de pensar de los individuos y su derivado, la manera de comportarse.

Pasemos ahora a considerar los aspectos cualitativos de la estructura social. Si tenemos en cuenta el hecho de que la so-

ciudad puertorriqueña es eminentemente rural, podemos derivar de esta característica otra de índole cualitativa; ésta es, que el instrumento que usa nuestra sociedad para acercarse a su mundo es la tradición, el conjunto de valores y prácticas sociales que a través de los tiempos la sociedad ha premiado y perpetuado; en contraste con la sociedad urbana industrial, que usa la razón.<sup>3</sup> En términos funcionales, esto quiere decir que la sociedad puertorriqueña se proyecta emocionalmente en su mundo, y que es esta característica la que le da sentido a la vida social.

Pasemos ahora al más difícil, tal vez, de los temas a tocarse: los valores de las clases. En cuanto a la clase baja, que como había indicado cuando consideramos los aspectos cuantitativos, representa una proporción alta de las familias puertorriqueñas, podemos apuntar que sus valores son resultado de la relación en grupos primarios. Tanto histórica como culturalmente, podríamos probar que la clase baja ha sufrido de un aislamiento cultural y social. Esto la ha condenado a socializarse exclusivamente de lo que sus grupos íntimos les brinda como oportunidad de participación cultural. Una descripción desapasionada de la oportunidad de participación cultural ofrecida a este grupo se expresa de la siguiente manera: al nivel material de la cultura —cacharros y hambre—, al nivel ideológico —una diversidad que fluctúa entre magia y adaptaciones de las doctrinas cristianas. En el nivel social imperan pautas donde la idea de la sumisión a la autoridad (como lo ilustra la aceptación de la sumisión del hijo a los padres, la esposa al esposo, la familia a la comunidad, etc.) resulta de primera importancia. De una situación como ésta podemos esperar una enorme diversidad de experiencias en grupos íntimos.

Captar los valores de la clase media es menos difícil, pues éstos están claramente definidos. La pauta social de la sumisión a la autoridad sigue sirviendo de modelo al grupo, aun cuando no son pocas las licencias que se permiten aquellos que por encontrarse tocando niveles económicos más altos o por contar con atributos que los sacan del grupo, como por ejemplo edu-

<sup>3</sup> Para una buena discusión del tema, véase: Riemer, Svend, *The Modern City*, 1952, Part III: "Urban Personality", y Part V: "Urban Social Organization".

cación avanzada, se sienten libres de las ataduras que les impone su grupo social.

La consagración al cumplimiento del mandato de la comunidad, en maneras de pensar y actuar, representa la motivación y preocupación principal de la clase media. Podemos explicarnos esto si consideramos su función psicológica. La clase media no cuenta con todas las facilidades materiales con que desearía contar, pero sí puede contar con virtudes que conllevan reconocimiento social, y que permite a sus miembros sentirse recompensados y pertenecientes a su grupo. El lema parecería ser: "Mi familia, a pesar de ser económicamente limitada, es muy digna y considerada en el pueblo, y con nosotros se cuenta para todo". Claro está, que se cuenta con aquellos que tienen un mínimo para poder "frecuentar" y que es gente considerada por su comunidad de ideas y comportamiento con los demás integrantes de su clase. El ser comedido en sus expresiones, en el tono de la voz, en el vestir, en el comer, en el acatamiento de las prácticas del grupo, y otro comportamiento de igual naturaleza, son prácticas premiadas por su grupo. Este sentido de que se pertenece a una clase, la aceptación de los deberes sociales impuestos en pago del reconocimiento social, tiene una importantísima función social, pues sirve de base para el alto grado de cohesión social, tan necesario para un mejor funcionamiento de la sociedad. Hasta aquí nuestro intento de ilustrar los valores de la clase media y la función psicosocial de los mismos.

Ahora pasemos a la consideración de los cambios en la estructura social que se pueden esperar como resultado de la rápida industrialización. La pretensión del cambio de una economía agrícola a una economía industrial conlleva implícitamente una manera diferente de ver el mundo. Una economía industrial supone un acercamiento al mundo usando la razón como guía, y una negación de la proyección emocional típica de lo rural.

La aspiración del esfuerzo por producir la transición económica en Puerto Rico tiene como objeto lograr para 1960,

que la gran mayoría de las familias puertorriqueñas consiga un ingreso anual en dinero, géneros y servicios públicos de \$2,000; esto es, que el grupo con un ingreso menor de \$1,000 y principalmente los de ingreso de menos de \$500 alcance esa meta. Desde el punto de vista cuantitativo claramente se vislumbra un cambio en la estructura de la sociedad puertorriqueña; el grupo económicamente clasificado como clase media, se extenderá considerablemente. Desde el punto de vista cualitativo, la situación resulta menos sencilla. Insistimos en que no basta el aumento en ingreso, pues si a éste no le acompaña un cambio en maneras de pensar y de actuar, no se gozará del sentido de pertenencia a la clase.

El desarrollo de una industria liviana en Puerto Rico y la creciente demanda de mujeres para la industria sienta las bases para un significativo cambio en la estructura social de la familia puertorriqueña. Se calcula que dos terceras partes de los obreros en fábricas son mujeres. Esto quiere decir que la tradicional práctica de recostar la responsabilidad económica sobre los hombres está siendo amenazada. ¿Será acaso que la sociedad puertorriqueña está cambiando de una semipatriarcal a una semimatriarcal? No sé, el tiempo nos dirá. Sólo deseo apuntar que se vislumbra un interesante cambio en las pautas y los valores sociales, principalmente en aquellos que se apoyan en la autoridad patriarcal, por haber sido el padre el proveedor tradicional.

Corrientemente se argumenta que la concentración de población en áreas industriales produce una situación de anonimato ("anomie") en la sociedad, la antesala para la pérdida de la cohesión social y la génesis de la desorganización en la sociedad. Me voy a atrever disentir de esa posición. Si es que no se les ofrece a la nueva clase media conjuntamente con el aumento en ingreso y la nueva participación de un nivel de vida más alto, un modelo de vida que represente el ideal de clase media, entonces podemos esperar la pérdida de cohesión social. Pero, ¿en manos de quién dejar la misión de ofrecer el modelo, y qué se ofrece como incentivo? He aquí uno de los puntos más

debatibles de mi propuesta. Comencemos por enfrentarnos al problema de la concentración de población. En manos de la acción de la comunidad y de la actividad de los líderes de la misma reside la contestación al problema. Si la situación numérica en la comunidad rural permitía una relación cara a cara que imponía como pago al reconocimiento social una dependencia de los valores de la comunidad para el comportamiento, ¿cómo crear esa situación en la nueva sociedad? La contestación la tenemos en la segmentación de las grandes áreas urbanas en unidades comunales que operen por separado y que ofrezcan la oportunidad a los miembros de la comunidad a conocerse íntimamente y a gozar del sentido de pertenecer a un grupo, a pesar de estar en una situación urbana.

Una segunda función importantísima que pueden llevar a cabo estas unidades comunales es ofrecer los ejemplos de modelos para la clase media, premiando con su reconocimiento el comportamiento y la manera de pensar que encarna los ideales de la clase media tradicional. Muchas veces nos olvidamos de que el comportamiento social es principalmente aprendido, y que cada sociedad ofrece modelos de comportamiento e incentivos, en forma de reconocimiento social, para conseguir que sus miembros practiquen estos modelos. En Puerto Rico necesitamos modelos sociales más claramente definidos y un decidido esfuerzo por fomentar nuevos niveles de aspiraciones. De no ser así, ¿de qué vale abrir un nuevo mundo de oportunidades, si nuestra sociedad no lo entiende y no lo aprovecha? He aquí un problema central: el mejor aprovechamiento de la oportunidad económica podrá lograrse sólo en la medida en que el hombre puertorriqueño promedio adquiera conciencia de la existencia de ese nuevo mundo y haga un esfuerzo por aprovecharlo y entenderlo. Entonces estaremos en el camino de un verdadero provecho social del magnífico esfuerzo humano que representa la industrialización rápida en Puerto Rico.

No quiero dejar el tema, sin advertir que no estoy hablando de una utopía, estoy hablando de prácticas ya probadas en otras comunidades con grandes éxitos. Sé que por la mente de muchos de ustedes está pasando la pregunta: Y el liderato, ¿de

dónde nos llega? Es en nosotros los que nos preocupamos por nuestra sociedad en quienes recae el liderato. Dependerá de la actividad que desarrollemos en la comunidad y principalmente de la ayuda que ofrezcamos a los nuevos grupos, a nombre de un servicio para lograr un Puerto Rico mejor.

Nuestra presentación es sólo un comienzo en la inagotable riqueza temática del problema con que bregamos. Hagamos un esfuerzo común por intentar, con la contribución de nuestras ideas a la discusión que prosigue, arrojar luz en la búsqueda del conocimiento.